

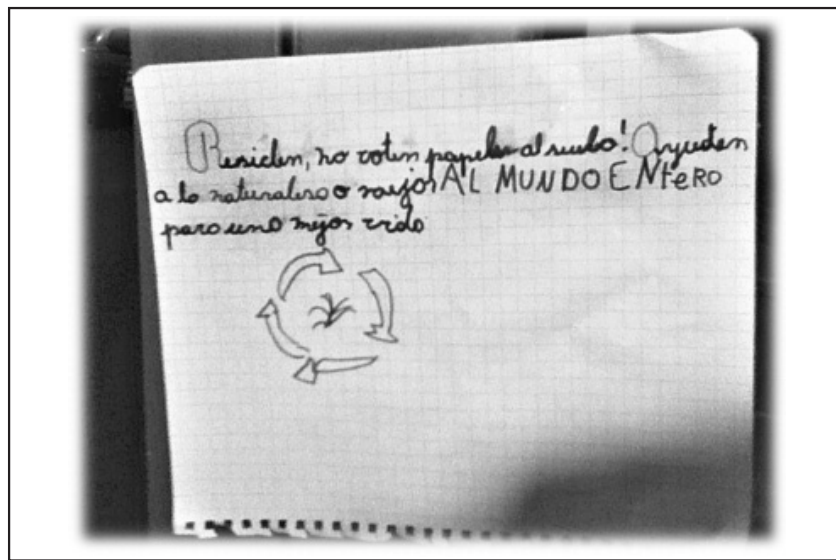
Carlos González Vergara

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

como miembro correspondiente
en la Academia Chilena de la Lengua
Santiago, 7 de mayo de 2012

TRES RAZONES PARA UN CAMBIO

Hace algunos meses, mientras paseaba al anochecer cerca de mi casa, me encontré con un cartel pegado en una reja, claramente escrito por un niño. (Pueden ver una reproducción al final de este párrafo). Decía lo siguiente: “Resiclen, no voten papeles al suelo! Ayuden a la naturalesa o mejor al mundo entero para una mejor vida”. Era, ciertamente, un bonito mensaje y me debió haber causado ilusión y ternura ver esas letras infantiles que expresaban preocupación por nuestro mundo. Debo confesar, sin embargo, con mucha vergüenza, que mi primera reacción no fue esa. Lo primero que pensé, casi instintivamente, fue: “¡Qué mal escrito está este cartel!”. ¿Cuántos de nosotros no sentiríamos algo parecido al ver esas letras? ¿Cuántos de nosotros podríamos superar esa primera reacción y ver más allá, ver lo que ofrecía ese mensaje? No lo sé. Sé que a mí me costó y creo que eso es muestra de un grave problema.



Quizás les sorprenda, sin embargo, cuando les diga que creo que el problema no es del niño que escribió el mensaje, o de nuestra juventud en general, o de nuestro sistema educativo o incluso de los medios de comunicación. El problema, creo, está en mí y en todos a los que se nos hace difícil superar el horror ante una “b” larga puesta en el lugar de una “v” corta o ante la ausencia de una “h” en el lugar en que esperamos verla.

Vivimos en una sociedad con muchos conflictos. Aún tenemos entre nosotros enormes divisiones. Creemos que una persona es inferior o superior a otras por su color de piel, por el país en que nació, por sus creencias o por su falta de ellas, por cuánto gana al mes, por la ciudad o la comuna en que vive, por el sexo de la persona que quiere. Todas estas circunstancias, lo sabemos bien, son causa de burla, de desprecio y de violencia, y es poco, lamentablemente, el poder que tenemos para hacer que desaparezcan. Pero también nosotros, y yo el primero, discriminamos a los demás por razones aún más irracionales: por las letras que usan para expresar lo que piensan y lo que sienten. Por su ortografía. Y esto sí podemos cambiarlo.

Quiero hablarles hoy de ortografía. Varios amigos me advirtieron que si lo hacía, el mío sería el nombramiento más breve en la historia de la Academia. Pero yo no lo creo así. He tenido mucha suerte en mi vida y una de esas fortunas es haber podido aprender de muchos grandes maestros, varios de los cuales hoy son también mis amigos y forman parte de esta Academia. Los conozco y admiro profundamente, y lo que quiero hacer hoy es tomar respetuosamente este tiempo para hablarles de lo que considero es una enorme misión que nos aguarda. En el mejor de los casos, si todo sale como espero, este podrá ser el inicio de muchas conversaciones que hagan que esta misión fructifique. En el peor de los casos, tendré estos minutos para contarles qué pienso de este tema. Y ya eso habrá valido la pena.

Voy a hablarles de ortografía, específicamente de ortografía literal, de la letras que usamos para escribir en nuestra lengua. Y de por qué deberíamos hacer cambios en ella.

¿Por qué cambiar nuestra ortografía? Permítanme partir reconociendo que nuestra ortografía actual es una buena ortografía. Cualquiera de nosotros que haya querido alguna vez aprender un idioma como el francés o el inglés, habrá sufrido en algún momento la angustia de sentir que estaba aprendiendo dos lenguas diferentes: una para cómo se habla y otra para cómo se escribe. Como dice un viejo chiste: “es difícil escribir en un idioma en que se escribe ‘Manchester’, pero se pronuncia ‘Liverpool’”. El español, afortunadamente, no es así. La nuestra es una buena ortografía. Pero podría ser aún mejor.

La primera razón para cambiar nuestra ortografía es porque es perfectible. A diferencia de la lengua oral, que tiene una base natural fundamental, la escritura es una técnica, un arte que puede alterarse si lo encontramos conveniente. Actualmente esta técnica tiene defectos. El mayor de ellos es la

convivencia en nuestro sistema ortográfico de tres criterios para decidir con qué letras debemos escribir: el primero es el criterio fonológico (relacionado cómo pronunciamos nuestras palabras), el segundo, el criterio etimológico (relacionado con la historia de nuestras palabras) y el tercero, el criterio de la tradición (o cómo hemos escrito –entre comillas– “desde siempre”).

Nuestra ortografía literal se basa esencialmente en el criterio fonológico. Es decir, escribimos de manera semejante a la manera en que pronunciamos. Aquí es necesario, quizás, hacer una aclaración. Una escritura completamente fonológica no tiene como ideal que cada diferencia de sonido se represente como una letra distinta. Eso sería imposible y absurdo, ya que (como bien saben los fonetistas) todos los hablantes de una lengua, y aun en muchos casos una misma persona en diferentes momentos, pronunciamos de maneras distintas. No. El ideal de una escritura fonológica es representar con una letra única y exclusiva cada cambio en la pronunciación que traiga consigo un cambio en el significado de lo que se dice. Esto es lo que los lingüistas llamamos un “fonema”. Así, citando al escritor español Juan José Millás, no es lo mismo una “cosa” que una “copa” o que una “coja” y, por lo tanto, los sonidos “ese”, “pe” y “jota” son fonemas y deben, en este ideal, ser representados por letras distintas, mientras que por el contrario [ˈletʃe], [ˈleʃe] y [ˈlet:ʃe] son para los que hablamos español sólo tres formas de pronunciar la misma palabra y, en consecuencia, deben escribirse de igual manera: “leche”.

Vuelvo a lo anterior. Nuestra escritura se basa fundamentalmente en este criterio. Por ejemplo, una expresión como “una piedra en el monte” puede en español escribirse siguiéndolo y, de hecho, sería difícil cometer un error ortográfico al representarla en papel ¿Cuándo las cosas se comienzan a complicar? ¿Cuándo comenzamos a cometer errores? Cuando encontramos en nuestra escritura letras que sirven para representar a más de un fonema (uno de estos casos es el de la letra “ge”, que puede referirse al fonema /g/, como en “gas” o “gorro” o al fonema /x/, como en “gente” o “girasol”), cuando vemos que a veces un fonema se puede escribir con letras diferentes (siguiendo los ejemplos anteriores, es el caso del fonema /x/, que puede escribirse como la letra “ge”, por ejemplo en “general”, y también como la letra “jota” en “jerez” o “Jesús”). O como cuando encontramos un fonema que es representado por una secuencia de dos letras (el caso del fonema /j/ en “calle” o del fonema /tʃ/ en “chal”) o, el caso contrario, cuando una sola letra representa una secuencia de dos fonemas distintos, que es lo que sucede con la letra “equis”, que expresa el conjunto de consonantes /k/ y /s/ en “taxi” o “axila”. O cuando, como sucede con la letra “hache”, encontramos una letra que no expresa ningún fonema en absoluto. No me es posible extenderme más en esto, pero espero que coincidan conmigo en el juicio de que nuestra escritura no sigue completamente el ideal fonológico.

¿Por qué sucede ésto? ¿Por qué tenemos palabras complicadas de escribir como “exhortación” o “hallulla”? Porque otro criterio que se usa en nuestra ortografía (que viene a complicarla) es el etimológico, el relacionado con la historia de la palabra. Así, por ejemplo, la palabra “viento” se escribe con “ve corta” y la palabra “bien” con “be larga”, no porque sus “bes” se pronuncien de manera distinta (que no es el caso, por mucho que algunos profesores se esfuercen por inculcarlo), sino porque “viento” proviene del latín *ventus* (que se escribía con algo parecido a una “ve corta”), mientras que “bien” deriva del latín *bene* (que se escribía con “be larga”). Así también, por ejemplo, “harina” lleva “hache” inicial para recordarnos que en latín esa palabra llevaba al inicio una “efe” y era harina. La verdad es que estos conocimientos son bonitos (a mí, personalmente, me encantan), ¿pero vale la pena sacrificar la simplicidad de un sistema de escritura por el goce estético de algunas personas como yo? Preguntémonos por qué motivo hemos mantenido estas huellas etimológicas en nuestra escritura. La mejor respuesta quizás sería para mantener la relación cultural del español con las lenguas de las que deriva y estimular así el estudio de ellas. Yo me pregunto, sin embargo, ¿A cuántos de los que aquí nos encontramos estos accidentes ortográficos, a los que todos nos tenemos que enfrentar día a día, los han estimulado para el estudio de las lenguas clásicas? Me atrevería a decir que a ninguno. No quiero decir con esto que el estudio del latín o del griego sean poco importantes. ¡Para nada! De hecho, estoy convencido de que el estudio de las lenguas clásicas debería volver con fuerza a la enseñanza escolar, para así permitir que nuestros jóvenes puedan leer de manera directa a los pensadores que están en la base de nuestra cultura. Lo que me pregunto, lo que critico, es si estas “pistas etimológicas” de las que están salpicadas nuestras palabras realmente sirven de estímulo para esto o si, como sospecho, sólo son fuente de goce para aquellos que ya sabían desde antes que esa pista estaba ahí. Recordemos, a propósito, ese viejo chiste que define un diccionario como “aquel libro en que puedes encontrar cómo se escribe una palabra... si antes ya sabes cómo se escribe”.

El asunto se vuelve peor todavía cuando nos damos cuenta de que palabras como “abogado” o “abuelo” se escriben con “be larga” a pesar de que sus originales latinos (*advocatus* y *aviolus*, respectivamente) llevaban algo parecido a una “ve corta” y que “hinchar” y “húmedo” llevan hache a pesar de que en latín las palabras de las que provienen (“*inflare*” y “*umidus*”) no las tienen. ¿Qué justifica en estos casos que aparezcan estas letras? Nada. Nada, salvo que tenemos la costumbre de escribirlas así desde hace algunos siglos. Se trata de lo que se ha llamado “una tradición venerable” Pero yo me pregunto ¿Es una tradición como esta realmente digna de veneración? ¿O se trata, simplemente de una costumbre, de un mal hábito?

Muchos de ustedes dirán, quizás, que los cambios que implican estas

críticas harían que las palabras se vieran muy feas, que un “avogado” escrito con “ve corta” sería menos respetable o que un “hombre” sin hache parecería tal vez menos viril. Creo, sin embargo, que juzgamos esto simplemente porque estamos acostumbrados a verlas así. Hasta inicios del siglo XIX, por ejemplo, la palabra “armonía” solía escribirse con hache inicial y, cuando esta fue eliminada, no faltó quien se lamentara amargamente de esta pérdida, diciendo que desde ese momento en adelante, la palabra tendría menos espíritu, menos música. ¿Cuántos de nosotros echamos de menos esa hache o defenderíamos que hoy significa menos que ayer?

Hay, por supuesto, mucho más que decir sobre estos temas, pero confío en haber presentado algunos argumentos que puedan llevarlos a pensar que nuestra ortografía es aún perfectible.

La segunda razón que, a mi juicio, debe motivarnos a realizar cambios es que llegar a una mejor ortografía es algo importante.

¿Por qué lo es? Los invito a recordar en qué momento de sus vidas tuvieron que aprender este tipo de reglas ortográficas y, lo que es peor, todas sus excepciones. Se trata, por supuesto, de los primeros años de enseñanza escolar. Mi sobrino Alonso tiene siete años. Está en segundo año básico y sufro al pensar que tiene que dedicarle tiempo a aprender cuándo y cuándo no una palabra se escribe con ese, ce o zeta, qué palabras llevan hache o qué diferencia hay entre una be larga y una ve corta. ¡Hay tan poco tiempo en la enseñanza escolar y hay tantas cosas más hermosas e importantes en las que un niño podría estar aprovechando su tiempo! Aprendiendo, por ejemplo, a conocer su mundo, la sociedad en que vive o la historia de nuestra civilización. O, para no alejarnos del ramo, podría estar descubriendo la poesía o leyendo cuentos entretenidos o aprendiendo las historias y mitos de las mismas culturas clásicas de las que antes hablábamos. No se trata, simplemente, de hacer la vida más fácil a nuestros niños. Sé que hay mucho valor también en la disciplina y el esfuerzo. ¡Pero cuánto más rico sería que ese sacrificio y ese estudio dieran otros frutos diferentes al de simplemente saber cómo trazar una línea en una palabra!

Pensemos también en que es en esos primeros años de enseñanza escolar cuando comenzamos a descubrir que nuestro mundo físico y social no son aleatorios, que su funcionamiento depende de un sistema. Este es el momento en que nuestros niños empiezan a entender las reglas que subyacen a estos sistemas y comienzan entonces a forjar su pensamiento lógico. ¿No es lamentable, no es desolador que sea justo en este momento cuando tengan que aprender estas reglas y excepciones ortográficas que son difíciles de entender cuando no simplemente caprichosas?

En un reciente viaje a España compartí un almuerzo con Salvador Gutiérrez Ordóñez, miembro de la Real Academia Española y principal responsable de la nueva Ortografía editada por la RAE y la Asociación de

Academias de la Lengua Española. Él me comentó (y luego pude verificarlo) que se había descubierto que había una relación inversa entre el grado en que el sistema ortográfico de una lengua se aproxima al ideal fonológico y la frecuencia con que los hablantes de esa lengua presentaban problemas de aprendizaje como la dislexia. En otras palabras, en las lenguas como el italiano (más cercana al ideal fonológico del que hemos hablado) hay menos casos de niños con dislexia que en inglés o francés (más lejanas de ese ideal). ¿No deberían ser razones como esta, la posibilidad de evitar el sufrimiento de algunas personas, motivo suficiente como para hacernos pensar en que es fundamental modificar nuestra ortografía?

La segunda razón para modificar nuestra ortografía, entonces, es que es algo importante.

La tercera razón que quiero ofrecerles esta noche es que se trata de un cambio posible. Es algo que está en nuestras manos realizar.

En los últimos meses he tenido el honor y el gusto de poder participar de algunas de las sesiones de la Academia que hoy me admite oficialmente. Al finalizar una de estas reuniones, nuestro director nos leyó una petición que le había llegado en una carta: una persona le pedía que la Academia creara un nuevo género para el español. Sí, un género diferente para no tener que emplear el masculino (tan machistamente cargado, se infería) en sus usos inclusivos. La carta era clara en su propuesta: agreguemos a palabras como “niños” y “niñas”, la palabra “niñes”, que indicaría su género neutro. Así, por ejemplo, “nosotres todes reunides en esta noche podríamos hablar les unes a les otes sin sesgo”. La proposición, como podrán ustedes suponer, fue recibida con risas por todos los académicos. ¿Cuál fue el motivo de ellas? No nos reíamos, como quizás erróneamente alguien pueda pensar, de la persona que sugería esto o de sus intenciones. Esa risa estaba provocada por la profunda comprensión de que no existe ninguna autoridad que pueda modificar elementos gramaticales de una lengua con la simple fuerza de un decreto.

Si mañana la Academia Chilena de la Lengua, o la RAE o la Asociación de Academias, o el presidente del Gobierno, o el rey de España, o todos ellos juntos ordenaran la aparición de un nuevo género gramatical en nuestro idioma, ¿qué pasaría? La respuesta es que absolutamente nada. Eso porque las lenguas no se construyen por decreto. Las lenguas pueden cambiar, y de hecho están siempre cambiando, pero esos cambios no pueden ser impuestos, sino que surgen naturalmente de los mismos hablantes. Por eso nos reíamos y por eso propuestas como las de esa carta están destinadas a fracasar.

Pero la ortografía es diferente. La ortografía no es parte del sistema de la lengua española, sino un sistema aparte relacionado con ella y cuyas reglas sí están dadas por autoridades a quienes los hablantes les han conferido este poder. Y estas autoridades son las academias de la lengua.

¿Qué pasaría si mañana las academias de la lengua decretan, por ejemplo, que la hache desaparezca de la ortografía española? Aunque sería de esperar mucha resistencia inicial (todos, después de todo, estamos muy cómodos con lo que ya sabemos), finalmente la propuesta sería aceptada. Tenemos, entonces, el poder para hacer este cambio. Y con ese poder, la enorme responsabilidad de darle a los hablantes del español el mejor sistema de escritura que podamos.

Este es un cambio necesario. Este es un cambio importante. Este es un cambio posible.

¿Por qué en Chile? ¿Por qué nosotros?

Las reflexiones que acabo de proponer no son, ciertamente, originales. Gran parte de ellas son conocidas y compartidas por todos los estudiosos de la lengua y motivaron, en el siglo XIX, a uno de los más grandes lingüistas hispánicos, don Andrés Bello, a plantear su propia reforma ortográfica: la ortografía chilena. ¿Qué mejor homenaje a la figura de este extraordinario pensador que recoger en su patria adoptiva esta iniciativa a la que dedicó tanto espíritu y tanto esfuerzo?

¿Por qué nosotros? La Academia Chilena de la Lengua ha sido siempre impulsora de los mayores cambios y de los mejores proyectos que se han formado en el seno de las academias de la lengua. Sin ir más lejos, la monumental obra científica y descriptiva que es la Nueva gramática de la lengua española fue la respuesta de la Asociación de Academias al desafío planteado por la nuestra ante la carencia de una obra de esta naturaleza que sirviera de guía para la consulta especializada y la enseñanza de la gramática en todos los niveles. En este discurso quiero invitar a mis colegas académicos a volver a actuar con esa valentía ante otro desafío que considero igualmente importante: el de la reforma de nuestra ortografía.

Vuelvo ahora a una idea que planteé al iniciar estas palabras. Supongamos por un momento que a cualquiera de nosotros se le concede el poder de acabar con alguna de las fuentes de discriminación de nuestro mundo: de eliminar el racismo, el clasismo, la xenofobia o cualquier otra causa de discriminación. ¿Quién de entre nosotros no lo haría de inmediato? Hoy tenemos la oportunidad y el poder de eliminar una de esas fuentes de división, de burlas y de violencia al reformar nuestra ortografía... ¿Y qué mejor regalo podríamos ofrecer al mundo?